AÑO IX. 1.° DE NOVIEMBRE DE 1877. NÚM. XXI.

EL ESPIRITISMO,

REVISTA QUINCENAL.

Se publica en Sevilla el 1.° y 15 de cada mes.

FRAGMENTOS DE DOS CARTAS.

(CONTINUACION).

. . . .

Bien hubiera querido poder eximirme de tratar esta cuestion hasta tanto que la simpática autora de los «*Ecos*,» á quien los referidos cargos se dirigen, hubiese dado por concluido el asunto con su ilustrado contrincante; que entónces, ó habria quedado justificada mi opinion en la victoria de la una, ó condenada por el triunfo del otro; en cuyo último caso, no por cierto probable, el deber me imponia ó bien á asentir en la equivocacion de mi juicio declarando quedar plenamente convencido de que *el espiritista que rechaza en su mente el formulismo religioso obra bien exhibiéndose en él y practicándolo*, ó incoar un fraternal debate en dilucidacion de la cosa para ratificarme en él y sancionarlo con las razones que á su formacion contribuyeron. Pero la amistosa exijencia de usted, y mi deseo de complacerle, me impulsan irresistiblemente á seguir otra conducta, no esperando fallo alguno para sostener mi idea, y áun obligándome á hacerlo á costa de las que el Sr. Martinez en su carta espone.

Las disidencias parten muchas veces de la torcida acepcion de las palabras, y por consecuencia de su equivocada aplicacion; y de

esto, en mi concepto, no carece la divergencia de pareceres en el asunto que tratamos, amen de otras apreciaciones hijas de la más ó ménos detenida investigacion.

Asi, pues, como más exacto método y á fin de observar el mayor laconismo posible, extractaremos las dificultades expuestas por el Sr. Martinez para justificar su oposicion á nuestros juicios, y las contradiremos razonadamente, demostrando las especiosidades y sofismas en que incurre.

Á 15 pueden reducirse, *por la forma*, las consideraciones presentadas por nuestro disidente hermano para probar su objeto, aunque *por su fondo* quedan simplificadas á tres, que son: *conveniencia, caridad* y *prudencia*.

Procedamos con órden:

1.ª *«Los espiritistas que guardan el formulismo religioso que su mente rechaza, están perfectamente dentro del credo espiritista.»*

Veamos qué tiene esta asercion de verdadera.

El Espiritismo acepta el Evangelio de Jesús en toda la pureza de su espíritu y en toda la verdad de su razon.

El Evangelio rechaza todo formulismo religioso prescribiendo la sola adoracion á Dios en *espíritu* y *verdad*.

Luego los espiritistas que guardan el formulismo religioso, están *imperfectamente* dentro del credo espiritista: es decir, que faltan á uno de los preceptos del Espiritismo. Y esto, haciendo por ahora caso omiso de la agravante circunstancia de desmentir la creencia con la manifestacion, pues no otra cosa hace *quien practica lo que su mente rechaza*.

2.ª *«Los que tal conducta observan, obedeciendo á las instrucciones de elevados espíritus, son tan espiritistas como los que no guardan el forfulismo religioso que rechazan.»*

Este aserto se fundamenta en *la obediencia prestada á instrucciones de espíritus que se suponen elevados;* y dicho fundamento carece de toda solidez lógica. En primer lugar, por la falta de prueba de la elevacion de esos espíritus, pues los juicios hipotéticos no sirven en buena argumentacion ni para afirmar, ni para negar. En segundo término, porque aconsejar que se obre de distinta manera que se siente, cuando lo que se siente se reconoce como bueno, es aconsejar el mal, porque es aconsejar el ejercicio de la mentira y de la hipocresía. Y como corolario de este término, la tercera parte, que consiste en la segunda prueba de la inferioridad moral relativa que

caracteriza al espíritu errante ó encarnado que aconseja la práctica de la hipocresía y de la mentira.

Hay aún más, que patentiza la especiosidad de este asertórico concepto. El Espiritismo es la verdad por su razon, y la razon por su verdad; nó la verdad por *la opinion* ni la razon por *la obediencia;* así, no es justificativa *nunca* la conducta del espiritista por *la opinion* agena ni *la obediencia* sino por la verdad y la razon.

La *elevacion espiritual,* por otra parte, siendo relativa, no constituye autoridad alguna para la razon, y solo puede considerarse como una opinion más ó ménos respetable, segun las razones en que se apoye.

La obediencia pasiva al consejo ó la imposicion, seria la aceptacion de la *infalibilidad,* y consecuentemente la abdicacion del *yo,* el desprecio de la razon y la muerte de la dignidad. Todo esto es antitético del Espiritismo que es filosofía racionalista; pero áun cuando se quisiera prescindir de lo ántes dicho, el sólo *sentido comun* declara, que es más perfecto aquel que mayor número de perfecciones posee; y por consecuencia que es más perfecto espiritista quien más preceptos del Espiritismo cumple.

Luego el espiritista que falta á la *importante* prescripcion de no practicar formulismo religioso, es *ménos* espiritista que el que la cumple.

3.ª «*Que segun opinion de muchos espiritistas y espíritus desencarnados, no debe romperse abiertamente con las creencias religiosas de un pueblo que no se halle preparado.*»

Este concepto se compone de dos partes, que ninguna sirve para afirmar la tésis propuesta.

Primera. La opinion de muchos sobre una cosa, á lo cual puede oponerse la opinion de otros tantos sobre lo contrario. Esta sería la verdad por el número y no por si misma. Una sola opinion verdadera, es más verdad que muchas opiniones erróneas.

Segunda. La opinion de uno (del Sr. Martinez) que considera «*no se halla el pueblo preparado* para enseñarle abiertamente la verdad del Espiritismo,» á cuya opinion podríamos oponerle dos en contra, la de Amalia y la mia; pero como ninguno hemos razonado aún nuestra opinion sobre este punto, y la opinion sin razonar no constituye prueba, de ahí por lo que dije y repito, sin temor de que ningun lógico lo niegue, que: *el referido concepto no sirve para afirmar la tésis planteada.*

4.ª *«Que es inconveniente querer curar enfermedad crónica en breves dias.»*

En efecto, es una verdad; pero á las enfermedades crónicas ni conviene abandonarlas ni atacarlas con paliativos: contra las enfermedades crónicas no se usa el método espectante, sino por el contrario, se les prescribe un tratamiento enérgico. Es más; cuando áun á esto se resisten, es conveniente, y está recomendado en Medicina la produccion de nueva enfermedad que determine crisis en la antigua.

Luego, si patológicamente debiera tratarse de curar la enfermedad crónica de espíritu cuyo diagnóstico fuese la profesion de los errores religiosos y el fanatismo de esa profesion, deberia prescribirse, por analogía, el *récipe* siguiente:

Predicacion de la verdad *teórica*.. }
Predicacion de la verdad *práctica*. } á partes iguales,

mézclense y administrese el producto á *todo pasto*.

Pero si la dolencia crónica se revelase á tan enérgica prescripcion, convendria estudiar un nuevo tratamiento productor de *la estrañeza*, de *la admiracion* ó de algun estado *morboso-espiritual*, capaz de producir la crísis indicada en la insistente enfermedad, á fin de que modificando la idiosincracia del enfermo, se obtuviera el resultado apetecido.

Más, dicho concepto, tampoco es propio á la cuestion, porque: ¿qué tiene de comun la conducta agena con la propia conducta?... ¿la enfermedad general con la enfermedad particular? El proceder con sensatez, el obrar con cordura, el producirse con lógica y el manifestarse con verdad, son caractéres inherentes á la salud de la razon, á la energía de la honradez, á la plenitud de la voluntad; y en estricta lógica y en severa moral, no existe consideracion alguna que releve al sér de esa conducta ni que le justifique en la contraria. Pero como cada cual poseemos un grado distinto de progreso y por consecuencia nos encontramos caracterizados por diferente modo de ser, la nocion de la verdad y la justicia con sus deberes y derechos, así como todas las demás nociones de los asuntos encomendados á la filosofía, quedan sujetas al efecto del prisma perceptivo particular de cada uno, y de ahí la divergencia de opiniones en que nos encontramos divididos.

Ante la imperfeccion humana, ante la debilidad social, ante la

conveniencia particular, todo es armonizable, todo es transigible, todo es contemporizable.

Ante la perfeccion característica de la filosofía espiritista, ante la lógica científica, ante la absoluta justicia que marca la sana moral, el fallo debe ser exacto, intrínseco, legal.

Y como á nombre del Espiritismo procedemos, estamos imposibilitados de dar aquí cabida al procedimiento de la transaccion.

5.ª *«Que es un absurdo querer trastornar el órden de lo existente.»*

Este aserto es impropio en su forma, y sofístico en su fondo.

Es impropio en su forma, porque *lo existente*, para quien aserta, es erróneo; y lo prueba el que, apartándose de la creencia vulgar, profesa la espiritista por considerarla verdadera.

La verdad, es órden.

El error es la antítesis de la verdad.

El error es desórden.

Luego lo existente, *considerado como erróneo*, es impropiamente calificado de *órden*, á no ser que por considerar al *error existente* más cerca de la verdad que al *pasado error*, juzgue el Sr. Martinez, relativamente, á este error como verdad respecto de aquel. Pero semejante idea sería á su vez ilógica, sin precederle aclaracion, por cuanto debiendo establecerse todo juicio por la comparacion de los términos conocidos, poseyendo el de una verdad superior, ó sea el de una *verdadera verdad*, todo cuanto sea contrario á este tiene indispensablemente que ser calificado de error.

Es sofístico en su fondo, porque siendo predisposicion natural la fuerza que al progreso nos impele, es tambien de esencial naturaleza el deseo del perfeccionamiento colectivo ó social, puesto que en él han de basar su bienestar todas y cada una de las individualidades. Además, la ley moral prescribe al hombre el deber de comunicar á sus semejantes, á sus hermanos, todos los conocimientos que posea, y juzgue que han de serles útiles á su felicidad.

El error es fruto de la ignorancia, y esta es una enfermedad social que estaciona el progreso, que roba la felicidad, que mata los derechos naturales del sér en la manifestacion de sus ideas, restringiendo el uso del libre albedrío que la Divinidad le confiriera para su propia dignidad, y el deseo mismo de la dicha propia, sin contar con otras muchas circunstancias atendibles, se determina naturalmente en el hombre en *querer*, más aún, en *intentar* las *modificaciones* necesarias en *lo existente*, para lograr un nuevo y más

perfecto *órden* social que le realice en sus aspiraciones.

El deseo de la felicidad es un sentimiento innato en el sér, una necesidad de su naturaleza esencial, y consiguientemente el hombre piensa en armonía con sus aspiraciones naturales al querer modificar ó trastornar todo desórden existente que le prive del ejercicio de su libertad, y obra *lógicamente* al intentarlo con sus esfuerzos y elementos.

En este concepto, se considera absurda la mision de todos los innovadores, inclusos la de Jesucrito y los espíritus reveladores del Espiritismo, puesto que todo lo nuevo progresivo viene á modificar y *trastornar* el error ó desórden existente.

Yo creo, por el contrario, que lo verdaderamente absurdo es prestar cooperacion, de cualquier modo que sea, á lo que existe erróneo, para que el desórden se consolide é impere, ó tarde mayor tiempo en extinguirse que el que debe.

Y creo tambien que el absurdo se pronuncia mucho más, llegando hasta hacerse incomprensible, si quien ayuda á la existencia del error, si quien alimenta el desórden existente rinde culto en su conciencia á la verdad y ama en su espíritu el órden progresivo, exhibiéndose ante la sociedad como enemigo de ámbos.

Porque *por los frutos se conoce el árbol.*

6.ª «*Que no hace mal quien por respeto humano y por no escandalizar á quienes piensan de otro modo, practica una religion en que no cree.*»

En este concepto, se pretende justificar el *mal obrar* del que marcha en desarmonía consigo mismo creyendo una cosa y practicando lo contrario, con las sofísticas razones del *respeto humano* y del *escándalo* social.

Veamos si estas son razones atendibles, ó pretextos inaceptables.

El *respeto humano* es uno de los deberes inherentes al hombre que vive en sociedad; pero el pacto social, ó conjunto de condiciones tácitas y expresas á que cada miembro se obliga con los demás á cumplir para alcanzar todos la felicidad, marca los deberes que la vida social exije, en una legislacion absoluta en su imperio; pero siempre modificable en sus necesidades.

Así, pues, todo lo permitido en la ley, es *lícito*; todo lo cohibido, *ilícito*.

El *respeto humano*, en la vida social, estriba exclusivamente en

la libertad permitida á cada miembro por todos los demás para el ejercicio de los pactados derechos individuales; y si estos son, por ejemplo, la libre manifestacion filosófica ó religiosa, cada cual puede exhibirse en su ideal, sin que la divergencia de opiniones constituya *falta* de *respeto humano;* muy al contrario; si todos ejercen un derecho legal, respetan todos lo pactado, y por consecuencia á la sociedad que así lo ha convenido y decretado.

Lo lícito, no es irrespetuoso.

El *respeto humano*, ó sea el respeto mútuo que todos los hombres se deben entre sí, nada afecta á los gustos, ni á las aficiones, ni á las creencias que á cada cual le caractericen, ni por consiguiente á sus manifestaciones, siempre que estas no redunden en perjuicio del derecho social de cada uno.

Cuando la sociedad no impone en sus leyes al hombre que practique un determinado culto religioso, el hombre *no falta* al respeto social ni al humano respeto, reservándose de practicar un culto en que no cree.

Cuando la sociedad autoriza la tolerancia ó la libertad de cultos, *no falta* ninguno de sus miembros al respeto humano ni al respeto social, practicando el culto que corresponde á su creencia.

Cuando la ley social no impone al hombre determinado culto y le autoriza para practicar el que profese, la ley social *exige* la verdad manifestativa del hombre en su creencia.

Cuando el hombre, *en la ley de libertad social*, practica un culto en que no cree, *miente* á sus semejantes y *engaña* á la sociedad.

Cuando el hombre *miente* á sus semejantes y *engaña* á la sociedad practicando un culto en que no cree, *falta al respeto humano*, y consecuentemente *falta al respeto social*.

Prosigamos:

Escandalizar, en su verdadera acepcion, no es pensar ni obrar de diferente manera que los demás piensan y obran, sino pensar y obrar mal; pensar y obrar en contra de la verdad.

La verdad nunca escandaliza, por más que haya siempre á quien pueda disgustarle.

Además, lo lícito y legal, no es nunca escandaloso.

Escandalizar, en su acepcion figurativa, es, sorprender, estrañar, maravillar; y ninguna de estas impresiones causadas por la singularizacion de un semejante que cree verdad y obra bien, aunque difiera de la vulgaridad, son nocivas, sino por el contrario sa-

ludables; porque la sorpresa y la estrañeza humana son los escitantes más poderosos para despetar el deseo de la investigacion y del estudio de lo que sorprende, estraña y maravilla.

Luego, si pensar y obrar de otro modo que los demás, sin afectarles con ello perjuicio alguno á sus derechos sociales, *no es* faltar *al respeto humano* ni *escandalizar*:

Si el practicar una religion en que *no se cree* es engañar á nuestros semejantes, *faltar* al deber social de ser justos y veraces, y consiguientemente al respeto humano á cuantos con nuestra conducta engañamos,

Obra mal quien á pretexto de *respeto humano* y de *no escandalizar* á los que de otro modo piensan, practican una religion en que no creen.

7.ª «*Que los que practican una religion en que no creen, no son hipócritas ni adeptos vergonzantes.*»

Veamos la acepcion de la palabra *hipocresía*, y el diccionario se encargará de responder á la primera parte del citado aserto.

Hipocresía—es, «la disimulacion ó *apariencia contraria* á aquello que és, ó *se siente*. El *fingimiento* de virtud, bondad, *devocion* ó amistad. La *hipocresía* es uno de los vicios más abominables, como que se encubre la maldad con el atavio de la virtud, y *la mentira* con el de la verdad.»

El calificativo de *vergonzantes* es un atenuativo del de *hipócritas*, dedicado á los que, no por maldad, sino por temor ó por *vergüenza* al ridículo social, aparentan, fingen ó practican lo contrario de lo que sienten.

8.ª «*Que los que tal hacen, se encuentran bien con Dios y con el mundo: con el primero por intencion, y con el segundo por respeto de creencias.*»

Practicando *los que tal hacen* el vicio *más abominable* que existe, cual es *la hipocresía*, unos por maldad y otros por ignorancia ó por temor, no pueden encontrarse bien con Dios, que es la Virtud Suprema; porque el vicio es repulsivo de la virtud.

La *intencion* solo es propósito, y la virtud realizacion.

La intencion, el propósito, el arrepentimiento, etc., son predisposiciones al bien, pero nó el bien mismo.

Engañando, *los que tal hacen*, manifiestamente al mundo, puesto que se exhiben como adeptos en teoría y como enemigos en práctica, solo pueden merecer de la humanidad el desprecio ó la

compasion, por la contradictoría conducta á que sus debilidades le conducen; y esto no es encontrarse bien con el mundo, sino *en ridículo.*

Con quienes únicamente puede encontrarse bien *quien practica lo que no cree*, ó quien predica una cosa y practica lo contrario, es con los insensatos para quienes todo está bien; con los imbéciles, para quienes todo pasa desapercibido; y con los que tengan aún embotado el sentimiento de la dignidad humana.

Dios, y el mundo en su actual estado de imperfeccion, son antitéticos, y el hombre no puede, por consecuencia, encontrarse bien con ámbos á la vez.

Semejante aserto, parece dimanar del deseo de contar con algun razonamiento que justifique ante si mismo de la desarmonía en que incurre practicando lo contrario de lo que predica y siente; pero esto sería querer engañarse á si mismo, y todos los esfuerzos que se intenten para legalizar dicha conducta serán infructuosos ante la recta conciencia que instintivamente la rechaza.

9.ª *«Que no hay deslealtad si se obra de buena fé.»*

La deslealtad es siempre deslealtad, como la mentira es siempre mentira, aunque la práctica de ámbos vicios se intente justificar con el objeto más santo.

M. GONZALEZ.

(Continuará.)

ALELUYAS, Ó PEQUEÑOS CUADROS.

Ensayos de exámen crítico de los sistemas sociales más importantes.

COMUNISTAS.

I.

¿Qué es comunismo?... ¿Qué es comunidad?

Los economistas en su mayoría definen el comunismo como el conjunto de sistemas que fundan el bienestar de la humanidad en la negacion absoluta de la libertad y del derecho de propiedad.

Bastiat llama «comun á lo gratuito,» á lo que es del dominio de todos; y el Diccionario Enciclopédico Español dice:

«Comun, lo que no siendo privativo de ninguno, pertenece á todos.»

«Comunidad, la calidad que hace comun una cosa, de suerte que cualquiera pueda participar ó usar de ella libremente.»

Algunos hermanos moravos, proudhonianos, místicos, fraternitarios, y otros, confunden el comunismo con la asociacion, mientras los falansterianos protestan de ello; y algunos colectivistas de la Internacional crean un comunismo no definido, que desarrollaron las fantasías y desarreglos de la imaginacion; mientras «los niveladores» entienden por comunismo la «liquidacion social, la igualdad de fortunas.» En tal sentido lo toma el vulgo.

Hay una variedad inmensa de comunismos, pero no nos ocuparemos de todos, sino de los más importantes, dejando á un lado ya los que atacaron la moral por sus excesos, como los anabaptistas, de Munster y sus admiradores, y otras sectas históricas; ó ya tambien los comunismos de los privilegios más ó ménos embozados, y de las revoluciones más ó ménos rudas que atacan desde arriba ó desde abajo la propiedad y libertad individual.

Hacemos nuestra crítica sin pasion de partidos exclusivistas, manteniéndonos siempre en las esferas de la racionalidad y del colectivismo, y esto nos pone á salvo de todo color político de «transicion.»

Por eso nos es permitido penetrar con la crítica filosófica en las mansiones sagradas é inviolables para algunos, y que nosotros vamos á profanar, segun ellos, con la seguridad de hacer luz, con las tinieblas siquiera nuestro paso sea rápido, y con bocetos de ideas nada más, pero que dejan siempre tras de sí luminosa estela para alumbrar el caos donde se ocultan la ignorancia y las tendencias á la explotacion humana.

II.

Hay un comunismo ultra-histórico y extra-terreno que no es de nuestra competencia, y otro físico-cristiano, de la época, que lo es «parcialmente,» y reconociendo con él los derechos legítimos del «colectivismo» é «individualismo:» «individualismo» en todo lo que implica libertad de accion y de eleccion en el hombre para todos los fines honrados y legítimos.

«Colectivismo,» para que el hombre pueda asociarse libremen-

te en la *cooperacion* del trabajo, á fin de proporcionarse medios de mejorar y ser útil á sus semejantes.

«Comunismo,» en cuanto el hombre se asocie libremente con quien se sienta inclinado por deber ó sentimiento, como sucede en el hogar doméstico . . . .

. . . .

El sentido del «comunismo» varía segun las escuelas. Para unos, es el gobierno de las masas y el provecho de las riquezas, bajo pretesto civil ó religioso; para otros, es la realizacion del cristianismo; para estos, la revolucion; para aquellos, el reparto de bienes; y para los de más allá, un ideal ultra-armónico, una realizacion práctica de la ciencia, una utopia, un sueño delicioso, una conveniencia ó simpatía de gustos, una asociacion pacífica, una congregacion de misioneros ó místicos, la unidad indivisible del suelo, el uso comun de los instrumentos de trabajo, la distribucion de funciones segun aptitudes y gustos, el aumento de produccion, la absorcion del individuo, la movilizacion del suelo, el reparto agrario, la emancipacion fantástica, la anarquía, ó un mónstruo revolucionario y destructor. El comunismo es teocrático, demócrata, místico y ateo; es «la guerra á los palacios» y «la paz á las cabañas;» es el grito de los conjurados del Panteon, que ahogaron su ideal bajo la sangre de la guillotina; pero es tambien el ideal de virtudes y abnegacion que muchos vieron en el ángel de la paz que redimió al mundo.

Todo esto es el comunismo en medio del caos filosófico.

III.

Las teorías del «comunismo» vienen enlazadas á teorías de alta metafísica trascendental, y sus variantes no se presentan desnudas por completo de su importancia histórica. (1) No todo es absurdo en el comunismo.

---

(1) Primeros habitantes de Italia y Germania segun Justino y César; leyes de Minos y Licurgo, pitagóricos y epicúreos; cristianos primitivos; terapeutas y essenios segun Josepho; gnósticos; peruanos; campesinos de la Suavia y anabaptistas de Zurich y Munster; albigenses; neoravos de los d'Aubergne; comunidades religiosas; establecimientos owenistas europeos y americanos; New-Lanarck y New-Har-

Diversas ramas de la internacional, del fenianismo irlandés y de sociedades colectivistas, secretas ó revolucionarias, místicas y filosóficas, etc.. etc.

No todos estos comunismos son igualitarios, segun el vulgo entiende la igualdad.

La cioncia, que no acaba en su desenvolvimiento, no puede decir su última palabra. El comunismo es un hecho presente entre «los hermanos moravos» y otras asociaciones, que aunque imperfectas, persiguen un ideal filosófico, de armonia, que está en embrion y en los primeros albores de nuestro génesis social, pero cuyo advenimiento se anuncia por la ciencia, el arte, la filosofía, la religion, y de todos lados.

No debe combatirse la libertad de nadie para que se congregue; sino apoyarnos en ella para que lo haga como le parezca, sin perjuicio de tercero, y para rechazar el ideal que no se adopte al de cada uno.

Cuando el comunismo revolucionario quiere imponer su idea á la sociedad, es absurdo y atentatorio del derecho, que esté basado en la ley natural.

Pero lo repetimos: si el derecho puede rechazar toda imposicion estraña que le ataque, segun aspiraciones individuales; tambien ese derecho puede realizar en cambio un ideal cualquiera, verdadero ú erróneo, siempre que lo haga pacificamente, y con los individuos que tengan una misma tendencia social.

«Esta es la posibilidad real del comunismo,» aparte de sus teorias filosóficas más ó ménos trascendentales, más ó ménos sublimes, más ó ménos absurdas.

---

mony; ensayos Icarianos de Tejas y Nauvoo; jesuitas del Paraguay; república de los Iguales, etc., etc.

Los apologistas principales del *comunismo diverso* son:

Platon: *La República. Los hechos de los Apóstoles.* San Juan Crisóstomo, San Gregorio de Nicea, y San Ambrosio de Milan en sus *Homilias*. Campanella: *Ciudad del Sol.* Tomás Moro: *Utopia.* Bacon: *Atlandlde.* Harrington: *Occeano.* Owen: *Obras diversas*. La Beotie: *Tratado de la servidumbre voluntaria.* Fenelon: *Telémaco, República de Salento*. Rouseau: *Emilio, Eloisa, Contrato social.* Morelly: *Código de la naturaleza.* Mably: *La legislacion, Derechos y deberes del ciudadano, Conversaciones de Focion.* Mercier: *Mi gorro de dormir*. Taignet: *Asociaciones en Auvernia*. Babduf: *Tribuno del pueblo.* Cabet: *Viaje á Icaria.* Toureil: *Fusionismo.* Lasalle: *Obras diversas.* Czeuryschewsky *(¿Qué hacer?)* etc. etc.

Todos los miembros sociales son libres para obrar dentro del órden colectivo.

No olviden esto ni comunistas ni individualistas.

El comunismo de los moravos ó hermitas tiene bienestar material, debido á las ventajas de la explotacion colectiva, á la economía del menaje, y al órden constituido por la energía de un principio religioso, que busca la pureza evangélica.

El moravo alterna sus ocupaciones con el escoplo y el libro, y de sus talleres y escuelas han salido hombres eminentes, como Scheliermacher, teólogo aleman de primer órden.

Los moravos viven felices con este régimen; y al hacer uso de su libertad para asociar la vida industrial á la religiosa dentro de la igualdad ó fuera de ella, (1) nos demuestran que los diferentes gustos, tendencias y aptitudes, son necesarias para entrar en el juego de la armonía social y producir un máximum de efecto útil sin pérdidas por fuerzas encontradas; por más que ellos en la distribucion convengan voluntariamente en la igualdad, como puedan convenir en la desigualdad.

Luego si el comunismo es posible, porque es posible lo que el espíritu quiere practicar «libremente» dentro de su esfera de accion; y no solo queremos la libertad de la verdad sino tambien la libertad del error, como dicen los hombres del siglo; (2) y si un grupo usa su libertad para congregarse en vida comunal y pacífica, mereciendo el universal aplauso; ¿por qué otro grupo ha de privar de esa libertad á los demás para traducir en hechos sociales su ideal artístico, industrial, religioso, ó filosófico y científico adecuado á sus gustos y aspiraciones?

Aquí está el mal, en el esclusivismo.

MANUEL NAVARRO Y MURILLO.

(Continuará.)

---

(1) La colonia más notable de los moravos estendidos por el norte de Europa, está en Sarepta á orillas del Volga. Hay tambien entre los moravos colonias comunistas desiguales en la reparticion; pero todos los frutos del trabajo son para la comunidad, dividida en coros.

(2) Emilio Castelar: *Prólogo á la historia de las clases trabajadoras, por Fernando Garrido.*

FISIOLOGIA UNIVERSAL.

EL SECRETO DE HERMES,

POR LOUIS F....

TRADUCCION DE F. M.

SEGUNDA PARTE.

LEYES FUNDAMENTALES.

OBSERVACIONES GENERALES.

(Continuacion).

VI.

La inteligencia tiene su asiento en el cerebro, desde donde se encuentra en relacion constante con el exterior. La sensibilidad, ó más bien el aparato sensitivo, le facilita impresiones que ella elabora en idéas, con ayuda de las cuales exclarece la voluntad.

Los nervios sensitivos y los nervios motores, que tienen su centro en el cerebro, franquean el paso á una circulacion muy sutil: pero tan incontestable como la que se verifica por las arterias y las venas y cuyo centro es el corazon.

¿Quién no sabe que, si se produce una lesion en uno de los órganos esenciales del sistema nervioso, cerebro ó médula espinal, hay cesacion total ó parcial, segun los casos, de esta circulacion, y por consiguiente muerte ó parálisis?

La circulacion sutil, fluídica ó casi fluídica de que acabamos de hablar, tiene su moderador natural y necesario en la circulacion sanguinea. Si entre ámbas circulaciones existe desproporcion ó desequilibrio, se descomponen una y otra. Si el predominio existe en la primera, al instante se producen, á la vez que la anemia ó atonía de la sangre, verdaderos infartos fluídicos inasibles en razon á la naturaleza particular del agente que circula. De ahí la in-

mensa variedad de desórdenes verviosos que afligen nuestra época y cuyo principio solo es misterioso en apariencia.

Los nervios sensitivos no son la sensibilidad, del mismo modo que los nervios motores no son la voluntad. Como la voluntad, la sensibilidad tiene su centro en el cerebro, órgano múltiple, tan superior al corazon como en el órden absoluto, el espiritu lo es á la materia. Unicamente observamos que, mientras la sensibilidad acciona de fuera á dentro, de las extremidades al centro, la voluntad irradia de dentro á fuera, del centro á las extremidades. Los órganos de trasmision de una y otra forman la red de una circulacion completa, visible para el anatómico, á lo ménos con el auxilio de sus instrumentos.

Precisemos. El cerebro, clave de la bóveda del sér, es á la circulacion nérvea lo que e corazon á la circulacion de la sangre. Sus relaciones con la materia exterior son «pasivas y activas.» Afectado «pasivamente» por los órganos sensitivos, que le conducen las impresiones de la materia, «obra» sobre la materia por los órganos motores. Impresionado «pasivamente» como sensibilidad, manda «activamente» como voluntad. Un flúido ú casi flúido análogo á la electricidad (que se podria denominar «electricidad animalizada,») es el agente de la trasmision activa y pasiva, cuyos nervios motores y sensitivos son los conductores.

Si no temiéramos llevar la aproximacion hasta la puerilidad, compararíamos el órgano intelectual transformando las impresiones en idéas, á los pulmones cambiando la sangre venosa en sangre arterial.

La sensibilidad es un fondo de reserva que se transforma y se agota. Es preciso no gastarlo en vano; de lo contrario el sér empobrecido ha de pasarlo mal.

Una viva sensibilidad en la infancia, es una preciosa promesa, pues revela una escelente organizacion.

La sensibilidad debe gastarse, pero en provecho del sér cuya sávia es en cierto modo. El instinto conduce á una distribucion

equitativa. Tenemos la prueba de ello en los niños prodigiosamente revoltosos y activos, y tambien entre los salvages, por lo general bien equilibrados en su desarrollo rudimentario. Repetiremos sin cansarnos que el estado de civilizacion, desordenando el equilibrio instintivo, modificando, bajo ciertas relaciones, el desarrollo natural del sér, obliga á algunas precauciones; que la actividad demasiado exclusiva de la inteligencia, en perjuicio de la voluntad y de los órganos motores sometidos directamente á sus órdenes, es la causa principal de ese estado de nevrosis que caracteriza nuestra época.

Recordemos tambien que lo que debe consumirse no es el capital, es la renta. Todo gasto que escede esta medida, es causa de aniquilamiento y no es reparado sino incompletamente.

Los desórdenes de la sensibilidad redundan contra la voluntad que entretanto se halla paralizada.

El ejercicio metódico de la voluntad, produce un doble resultado en su provecho: de una parte fortifica en sí el órgano que es el instrumento de la voluntad; y de otra, disminuye, reglamentando el organismo, las resistencias que puede hallar en él en el ejercicio regular de su autoridad.

Una justa proporcion entre la sensibilidad y la voluntad, que son el contrapeso la una de la otra, es la condicion esencial para la buena circulacion nerviosa, del propio modo que una justa proporcion entre la circulacion nerviosa y la sanguinea es la condicion indispensable para la salud en general.

La esperiencia es sensibilidad trasformada en razon.

Las observaciones que acabamos de exponer, especialmente las relativas á la circulacion nerviosa, exigen un exámen profundo. No nos estenderemos más aqui sobre ello, dejando para un estudio fisiológico propiamente dicho el cuidado de entrar en infinidad de aplicaciones particulares muy interesantes.

Nos hemos colocado siempre en el punto de mira del estado normal del sér humano. Pero, puede el alma, durante la vida terrestre, ser, en ciertas condiciones, sustraida á la influencia de la corporeidad? Puede, separándose, al ménos en parte, de los órganos á que está ligada, recobrar momentáneamente su independencia y su clarividencia espirituales más ó ménos completas? Puede, estando el cuerpo por un instante anulado y como privado de vida, pensar, percibir, cambiar de lugar sin el auxilio de los órganos materiales? Puede entrar en comunicacion con los séres espirituales? La afirmativa es cierta. Cuanto pudiéramos decir sería repitiendo las obras de Allan-Kardec, que tratan la materia á fondo y los cuales recomendamos pura y simplemente.

Quiere formarse idea del póder del ejercicio especial? La fuerza del hércules, la graciosa flexibilidad del gimnasta, la destreza del juglar ó del prestidigitador, la delicadeza de oido del violinista nos proporcionan ejemplos de ello. Ante semejantes resultados, se dudará que la actividad no pueda ser trasladada y llevada á tal ó cual órgano ó sistema orgánico por la voluntad modificando gradualmente las proporciones orgánicas?

Entre una verdad y un error, no hay á menudo, en el punto de partida, sino el espesor de un cabello. Y sin embargo, conducen progresivamente á consecuencias diametralmente opuestas.

Seamos exactos! Se dice con frecuencia: «La costumbre es una segunda naturaleza.» Y bien; no! La costumbre es la naturaleza misma modificando diariamente el organismo.

Si notamos las espresiones inexactas, es porque abrigan ideas erróneas. Más de una vez hemos oido decir á algunas gentes viendo á los atletas en sus ejercicios de fuerza: «No son más fuertes que los demás, es la costumbre!» ¡Ah! sin duda, es la costumbre, es el asiduo ejercicio quien les ha dado su fuerza ; pero esta fuerza la poseen robusta y buena.

El ejercicio especial crea cortumbres orgánicas. La parte ejercitada retiene cierta cantidad de fuerza, de buen grado diriamos

«animante,» que se apropia y constituye su desarrollo particular. Todos los órganos deben ser ejercitados especialmente, pues de lo contrario la voluntad no puede disponer de sus fuerzas, en las que se concentra con más ó ménos dificultad segun que existe más ó ménos proporcion en el desenvolvimiento de los diversos órganos, segun que el organismo esté más ó ménos bien equilibrado.

El ejercicio especial regularizado de todos nuestros órganos no solamente mantiene el equilibrio, sino que impide el estancamiento de las fuerzas animantes, que se produciria sobre tal órgano particular ejercitado exclusivamente con gran perjuicio de los demás. En toda situacion dada, el hombre bien equilibrado se orienta con presteza en lo moral como en lo físico, mientras que el que es arrebatado por una sola corriente se muestra pesado y torpe, y no aparece sino demasiado tarde.

No existiendo en equilibrio el desarrollo orgánico, es preciso que la costumbre de la actividad en toda su estension permita, segun el caso, el cambio de fuerzas de los diversos órganos por la voluntad y su concentracion en tal ó cual órgano determinado.

La desproporcion orgánica, decimos ahora, no es solamente causa de enfermedades; es un ataque al libre ejercicio de la voluntad, cada vez más amenazada, y, por consiguiente, el gran camino de la locura.

Las verdades fisiológicas son de esas cuyo conocimiento importa en grado sumo. Constituyen, de cualquier modo, el arte de vivir, y nadie deberia ser á este estraño. Llamamos la atencion sobre el inmenso campo que la enseñanza ofrece con este motivo.

Es de notar que casi siempre que es uno guiado á trocar alguna realidad capital, se tiene por lo regular que repetir esta observacion: «Laguna en la enseñanza.» La verdad es que no se enseña, por decirlo así, nada de lo que un hombre debe saber.

Montaigne lo ha dicho perfectamente: «No es un alma, no es un cuerpo; es un hombre que es preciso formar.»

Si por un momento dejáramos á un lado la especie caballar para ocuparnos en último extremo de la nuestra!....

Basta de rutinas! Si, la educacion personal dura toda la vida. La enseñanza debe al ménos poner al hombre en estado de educarse por si mismo. Quizá sea esto todo lo que razonablemente pueda pedírsele. Que se enseñe al hombre á conocerse; que comprenda su fin último, sus derechos, sus deberes, el sentido y objeto de sus pruebas, y él hará verdaderos esfuerzos.

(Continuará.)

LO QUE PIDEN LOS MUERTOS.

¿Habeis sentido vagar alguna vez al derredor vuestro sombras sollozantes, y sabeis lo que os piden?

¿Las habeis visto inquietas y feroces huyendo de los vivos y de los muertos, y buscando los lugares más oscuros?

Y cuando brillan las estrellas en el cielo, ¿habeis oido suspiros tiernos, semejantes al dulce murmullo de las arpas de Sion?

En fin; ¿habeis percibido luces ligeras ascender á lo más alto de los cielos para descender otra vez sobre la tierra?

Nó.

Pues bien, yo las he visto y las he oido. Yo sé por qué gimen las sombras, por qué buscan los lugares oscuros, por qué suspiran, y por qué, despues de haberse elevado radiosas hasta lo más alto, vuelven luego á caer sobre la tierra. Yo entiendo su lengua, y aunque no sea la de este mundo, yo puedo repetir lo que ellas me responden, cuando las interrogo.

¡Sombras atristadas que vagais á nuestro redor, ¿qué quereis?

—Un recuerdo, una oracion, una lágrima, el olvido de nuestras faltas, el perdon de las injurias.

Acordaos de nosotros; el olvido es impio: acordaos mañana y tarde, y que un pensamiento amigo venga por sobre la tumba á recordar nuestro amor, nuestros tiernos cuidados, nuestra adhesion, nuestros beneficios, nuestras buenas acciones: porque nosotros estamos ahí alegrándonos ó entristeciéndonos, segun que conservais de nosotros un recuerdo bueno ó malo.

Orad: la oracion que murmuran unos lábios queridos nos es muy grata.

Orad, si hemos sido ingratos con vosotros.

Orad, si olvidando la ley de amor os hemos ofendido.

Orad, si hemos sido buenos y justos.

Y orad sobre todo. Oh, sobre todo, orad, si hemos sido criminales.

Vuestra oracion calmará algun tanto nuestro dolor, como un bálsamo saludable del alma.

Llorad, y semejantes á un rocío bienhechor, vuestras lágrimas serán absorbidas por nuestros corazones.

Llorad á la tierna madre que os alimentó con su pecho.

Llorad al padre valeroso que os meció en sus rodillas.

Llorad á la esposa sacrificada.

Llorad al esposo fiel: á la cariñosa hermana: al hermano arrancado en la plenitud de su fuerza: al niño amable, cuyas caricias os embelesaban; llorad, en fin, á todos vuestros amigos.

Pero llorad sin amargura.

Los muertos me dicen que los llantos amargos turban su reposo, tanto como la sombría desesperacion los ahuyenta y los hace sufrir.

Perdonad! y á vuestro turno sereis vosotros perdonados. Y, ¡ojalá! que no sufrais jamás las torturas que afligen á los que no viven ya en la carne, pero conservan en su corazon el implacable rencor.

Vosotros nos creeis perdidos para siempre, desaparecidos para siempre; y nosotros estamos ahí, muy cerquita de vosotros, escuchando y esforzándonos por hacer olvidar un pasado doloroso, algunas veces culpable; y las más ¡ay! las más veces es el olvido cruel, la fria indiferencia ó la censura amarga es la que responde á nuestras escitaciones. He ahí por qué lloramos: he ahí por qué gemimos.

***

—Oh sombras inquietas y feroces, ¿por qué huís de los vivos y de los muertos, por qué buscais los lugares oscuros?

—Los vivos y los muertos son nuestros enemigos: conocen nuestras faltas y nuestros crímenes, saben nuestras traiciones y el precio que hemos tomado por nuestra perfidia; ellos van á des-

enmascarar nuestras cobardías, nuestras calumnias, á reirse de nuestras pretensiones, á negarnos los honores que nos son debidos, y van á juzgarnos y van á condenarnos.

Yo—me dice una de estas sombras desgraciadas—me dirijo á los vivos, y no quieren escucharme ni responderme: algunos me rechazan como una horrible pesadilla; y aquellos otros que me son propicios y bien intencionados, á esos hay una fuerza invisible que me impide el abrazarlos. Me dirijo á los muertos y retrocedo porque veo que ellos leen sobre mi frente mis ardores impuros, y no pudiendo ni ocultarles mis ansiedades, ni satisfacerlas, ni apagar el fuego que me devora, feroz y solitario me hundo en las tinieblas, llevando conmigo mi ódio á los vivos y á los muertos.

Ahora, esclama otra sombra airada, ahora que otro se ha sentado en mi plaza, yo paso á ser un tirano. Voy errante por mis palacios, y nadie parece que quiere conocerme: paso entre la muchedumbre y ninguno se inclina: pregunto á mis guardias y nadie me contesta: mando y nadie me obedece: oigo á aquellos que vivian de mis generosidades, á los que celebraban mi gloria y me apellidaban héroe, y ahora aseguran que yo he esclavizado al pueblo, ahogado la libertad, violado las leyes y disipado los tesoros de la nacion. Los muertos tambien, como bandada de pájaros nocturnos, me persiguen sin descanso; y para huir de estos y de aquellos me hundo en la noche profunda.

Y nosotros, dicen tristemente los que pasaron por grandes hombres en la tierra, varones venerados, acostumbrados á los honores y á las distinciones de la vida, que hemos visto pasar y desvanecerse como un sueño; los vivos ya no nos quieren, marchad, huid, nos dicen: demasiado tiempo habeis ya gozado y dominado: y ahora nos toca á nosotros. Y en cuanto á los muertos, los muertos tambien nos rechazan. En vano tendemos hácia ellos nuestras manos para bendecirlos, pues nos devuelven nuestra bendicion en sacrílega burleta. En vano adornamos nuestros pechos con nuestras insignias de dignidades: en vano nos revestimos con nuestros mantos de púrpura: en vano colocamos sobre nuestras cabezas la corona de soberanos; ellos se burlan y nos huchean, Abandonemos, pues, esta turba de insolentes y vamos á ocultarnos en el bosque sombrio, lejos de los vivos y de los muertos.

Allí os seguiré yo—grita un fantasma despavorido—y vosotros

me ayudareis á defender mis bienes de unos herederos ansiosos y disipadores que quieren quitármelos, pretestando que ya me he muerto, y lo dicen para poder despojarme y malgastar unos tesoros adquiridos con tanto trabajo. ¡Insensatos, vosotros no sabeis lo que es el oro: no sabeis que el oro es el Dios del dia, y no hay otro Dios. En vano será que ostenteis virtud, talento méritos; si no poseeis oro ireis á...... Y yo con mi oro tendré familia, amigos, aduladores, mugeres vendidas, y por tanto yo no me separaré de mi oro. Los muertos, ahora, se rien de lo que ellos llaman mi locura, y algunos más entendidos me persiguen y quieren robarme mis riquezas, y otros se ofrecen á partirlas conmigo.—Nó, yo no quiero partir con nadie, y me iré al fondo de las cavernas á enterrarme con mi tesoro, al abrigo de los vivos y de los muertos.

¿Y aquel que se hunde en las tinieblas, volviendo la cara de cuando en cuando con aire inquieto y sospechoso?

Va á poner en seguridad el fruto de sus rapiñas, los despojos de la viuda y del huérfano, todo aquello que se ha apropiado por la astucia y por la fuerza, ó por el fráude, mientras vivió en la tierra, en donde se cree todavia encarnado. Pero un dia se ha apercibido, que en vez de oro, no amontonaba más que viento. Entonces se pára un momento, duda ligeramente de su falta de juicio: pero muy pronto, más ágrio y más ardiente, continúa su obra de iniquidad.

Yo—dice otro—para cumplir mi obra, tengo necesidad de misterio, y en este triste pais de las sombras, donde todo está á la vista y se sabe, se opone todo á mis proyectos. Y, sin embargo, ¿puedo yo ver sin estremecerme, que la dicha, la grandeza y la consideracion son propiedad de algunos mortales? Todos esos bienes son mios, y para quitárselos rondaré noche y dia, como un leon rugiente, alrededor de ellos.—¡Oh calumnia, deidad sombría, ven en mi ayuda, y contigo yo echaré por tierra todos los obstáculos. Las reputaciones más justamente adquiridas, yo las mancharé; las fortunas más sólidas, las destruiré; yo ajaré la túnica blanca de esa jóven; yo deshonraré al jóven bien intencionado; yo forzaré á la madre sin mancha y al padre virtuoso á avergonzarse bajo sus blancos cabellos, y los jóvenes esposos bajarán la cabeza llorando.—Inútilmente protestarán, inútilmente apelarán contra la mentira; no hay mentira que valga cuando se trata de saber halagar la vanidad y los celos de los hombres. No hay men-

tira, cuando se trata de manchar ó de rebajar lo que nos estorba ó nos hace sombra por sus virtudes; y es más fácil ver á un perro rabioso soltar su presa, que el que la especie humana deje suelta una fama ó nombradía, que la calumnia le ha arrojado ese pasto á la maledicencia.

Así pues, cuando en las tinieblas de la noche me acerco yo á los vivos para destilar en ellos mi veneno, los muertos me echan en las marismas que infesta mi aliento, y allí es donde estoy condenado á vivir léjos de los vivos y de los muertos.

Yo tengo hambre, tengo sed, ahulla una sombra famélica, cuya mesa en otros tiempos estaba sobrecargada con las viandas venidas de las cuatro partes del mundo. ¡Insensato! No creyendo otra cosa que lo que satisfacia su sensualidad, ha desarrollado en su sér un apétito inestinguible, y ahora corre de mesa en mesa á los festines de los ricos, y hasta á la comida de los pobres; y desde que aparecen en la mesa las viandas ansiadas, las coge con avidez y en sus manos las vé evaporarse como el humo. Otras veces, en fantástica vision, crée saborear los manjares suculentos, los frutos perfumados, y los vinos generosos que hacian otras veces sus delicias.—Quimera; nada, ni entre los vivos ni entre los muertos puede calmar su hambre ni apagar su sed cruel.

Y este otro desgraciado es presa de un movimiento incesante y febril!—En la tierra no hizo otra cosa que dormir y reposar, no pidiendo otra cosa á la vida. Todo podia hundirse muy bien al rededor suyo, sin que se conmoviera lo más mínimo. Ningun deber era capaz de sacarlo de su apatia; y hasta la idea misma de la muerte le era de consuelo, porque se decia: venga en buen hora porque ella será un reposo eterno. Pero he aquí que esta fuerza virgen, que no ha usado ni empleado lo más minimo, lo atormenta ahora y lo agita contínuamente sin tregua ni reposo; vá, viene, vuelve á ir y á venir de los vivos á los muertos, y de los muertos á los vivos, sin comprender ni poder satisfacer la terrible actividad que lo tortura.

Allá, á lo léjos, veo un nuevo Cain: ha matado á su hermano, y la ley descarga sus golpes sobre él. Y hélo ahí por mucho tiempo entrelazado con ese cuerpo mutilado, esperando que la descomposicion desate uno á uno los nudos que lo aprisionan. ¡Oh, vosotros los que creeis que todo ha quedado terminado cuando habeis cortado la cabeza á un sér humano, ó habeis satisfecho ya

vuestra venganza; algun dia llegareis á saber lo sagrada que es la vida del hombre para los vivos y para los muertos.

Yo quiero esplicaros tambien algo del crímen llamado guerra.

Yo he visto á esos conquistadores que tanto exaltais en vuestras apoteósis, que celebrais en vuestros poemas, representados despues en el mármol y en el lienzo: yo los he visto recorrer, así como un laberinto sin salida, los campos de batalla, sembrados con los cadáveres de los desgraciados que su ambicion hizo degollar; y he visto millares de brazos estenderse en vano para agarrarlos y reducirlos á polvo: y entretanto estos déspotas que hacian temblar la tierra á su paso, volver una y otra vez sobre esos campos ensangrentados, presa del terror y del espanto, buscando por todas partes una salida para escapar de los vivos y de los muertos.

¿Por qué, cuando en el cielo brillan las estrellas, se oyen suspiros parecidos al dulce murmullo de las arpas de Sion?

Es la hora propicia. Así que, presurosa é innumerable como las arenas del mar, las sombras vagan al rededor de los esposos. Las sombras quieren volver á tomar los lazos mortales, quieren volver á la tierra, quieren satisfacer sus gustos, quieren entregarse á sus inclinaciones, quieren satisfacer sus pasiones. Bastante tiempo han vagado llorosas y gimientes: bastante tiempo ya han buscado los lugares oscuros: bastante tiempo han suspirado y les es necesaria ya una plaza entre los vivos.

Ved por aquí y escuchad esta inmensa caterva de sombras. Sueñan los placeres del mundo, todo lo que brilla deslumbra y atrae: van y rodean á los esposos vanidosos, frívolos, que gustan de las fiestas y del lujo. Aquellas otras son las que ambicionan las riquezas, los honores, las dignidades, y van á sitiar á los ambiciosos, los guerreros y á las gentes de alta posicion; pero las sedientas, cansadas ya de caminar tras de bienes quiméricos, se van hácia los comerciantes, los bribones y los avaros. Los criados á su vez quieren hacerse señores, y frecuentan las casas en que han sido servidores para espiar el momento de encarnar en ellas. Nacerán hijos, salidos como ellos de la servidumbre, y todos se harán una gran gloria de sus progenitores. Los espíritus de cortos alcances, los usureros, los ladrones, los presidiarios, los asesinos, los inquisidores, los fanáticos, todos estos ruedan entre sus análogos de la tierra; y con la muger adúltera, con la hija perdida,

con la prostituta, en las orgías sin nombre, se cumplen estos misterios de la vida.

Pero en la soledad, léjos del mundo; allí donde el deber y la caridad son ley suprema; allí donde se ama y se sufre en silencio, allí van las dulces sombras: las que quieren volver á la tierra para servir á Dios y á sus hermanos, y estas sombras rodean á la esposa casta, y ella siente entonces redoblar su fervor, y sueña con cantos piadosos y con lejanas misiones de amor y de sacrificios, entre los cuales ella dará á luz un piadoso levita.

Esta otra muger, cuya existencia es una abnegacion continuada dará á luz un génio bienhechor. El padre trabajador y valiente mecerá en sus brazos un obrero de la humanidad. Casi todos estos séres que el mundo venera, salen de esos medios tranquilos y benditos, en donde se ama en el verdadero sentido, y donde se cumple sin murmuracion el trabajo de cada dia; en donde el orgullo, la avaricia y la ambicion son desconocidos.

Practicad la virtud, huid de los vicios, y vuestros hijos serán fuertes, y vuestras hijas virtuosas. Sin embargo, tú, jóven esposa, no abras jamás tus brazos al que tú amas, si le vieres animado por la ira, la venganza ó cualquiera otra pasion cruel, porque traeria á tu seno un espíritu de violencia y de discordia que haria, con el tiempo, la desesperacion de tu vida.

*
* *

Ahora ya os podeis dar cuenta por qué vuestras fuerzas se centuplican por esas fuerzas invisibles que sin cesar os sitian, y se aumentan en ciertos momentos vuestros vuelos hácia el bien, así como vuestros arrastres hácia el mal. Ahora ya adivinais por qué se hacen tan apremiantes las solicitaciones del hombre sin costumbres, por qué sucumbe la jóven: y ahora ya comprendeis lo que han dado en llamar el demonio; y sabeis, en fin, por qué cuando en el cielo brillan las estrellas, las sombras suspiran tan tiernamente.

Sombras ligeras y luminosas, ¿porqué, despues de haberos elevado radiosas al cielo descendeis otra vez sobre la tierra?

Llegó por fin esta hora dichosa en que despues de haber luchado, orado, gemido, odiado y amado, he librado mi último combate al sufrimiento y á la muerte. Me he sentido como desvanecer en ese mundo para despertar en una nueva existencia, con alegría

inexplicable, y hereconocido los séres bienamados, que la vida de la tierra, ese sueño de la memoria, habia ya borrado de mi recuerdo. Esos séres estaban ahí rodeándome y ayudándo ne á desembarazarde los lazos terrestres, y abandonandola cubierta mortal, bañada todavía con los sudores de la agonía, esos séres me han conducido á estos espacios.

¡Oh Dios nuestro! su servidor lo ha dicho: El ojo del hombre no puede ver, ni su oido puede oir, ni su espiritu concebir las maravillas que tú reservas á aquellos que han cumplido tu ley. Y cuando mecido en este Occéano de azul, en este oleage de luz, en el seno de la universal armonía, vengo á pensar en los que he dejado en la tierra, mi espíritu se extremece de dolor! Tanta felicidad aquí, y tantas miserias allá abajo en ese infeliz abismo, que apenas llego á vislumbrar. Si los hombres pudiesen saber, si pudiesen comprender.... Con qué valor, con qué resignacion soportarían los males que los abruman. ¡Ay! Solamente para hacérselo presentir, abandono yo hoy mi nueva pátria y bajo de nuevo á la tierra para escoger en ella almas abandonado, al más desheredado para protegerlo, para guiarlo, para amarlo y si puedo abreviar algun tanto su camino y apresurar su vuelta á estos lugares quedase harto bien recompensado de este mi voluntario destierro.

Aunque invisible á sus ojos, yo estaré siempre presente. Cuando su corazon se apegará á las riquezas, yo le diré: esos bienes que posées, y esos otros que ambicionas, te van á ser arrebatados, y no te sirven para nada en los lugares donde tienes que ir á parar, y si es culpable yo me constituiré en remordimiento constante en el fondo de su alma, hasta que se reconozca y se redima.

Al conquistador le enviaré siniestros presentimientos, y en nocturnas refractaciones haré que sus víctimas se levanten amenazantes. Al soberbio que levanta su frente altanera, y cree que todo está sometido á su imperio, porque los cortesanos bajan la frente ante él; yo le murmuraré al oido: tú llegarás á inclinar tu cabeza mas bajo todavía. Al ambicioso, al dominador, al opresor, yo le descubriré sus planes, y le repetiré sin cesar: dentro de unos cuantos dias, tú vás á desaparecer de la tierra. Al náufrago yo le infundiré valor y le gritaré: adelante, remóntate sobre la ola que te arrastra, y yo empujaré tu barca hácia la orilla. Al oprimido le diré: sigue tu camino sin cuidarte de los obstáculos; Dios combatirá por ti y contigo ayudándote. A la madre que alumbra su primer

infante, le mostraré la cuna blanca en que dormirá muy pronto el dulce fruto de su amor, y á la coqueta la flor ajada y amarilla que se lleva el viento.

Yo me complaceré con el buen pastor, con aquel que no despoja á su rebaño para enriquecerse; que no le escatima el sustento para satisfacer su sensualidad: yo separaré los peligros de su camino, y haré favorables á él los corazones de los que lo rodean. Al sábio que vela noche y dia para sorprender los secretos de la naturaleza, á aquel que se esfuerza para hacer progresar á la humanidad, yo le inspiraré las soluciones de largo tiempo perseguidas, de largo tiempo esperadas. Para los pobres, los desamparados, los atormentados, los humillados, las mugeres deplorables, las madres afligidas, los padres desanimados; yo seré la fuerza, la esperanza y el consuelo.

En fin, despues de haberle seguido en la vida, y durante siglos enteros escoltado en sus diversas peregrinaciones, asistiré á sus últimos momentos, separaré de su lecho del dolor las siniestras visiones, romperé sus últimos hilos de la materia, y tomando entre mis brazos á esta alma bienamada, me lanzaré con ella á lo más alto de los cielos, para no volver á descender más á la tierra.

(Revue Spirite.) TRADUCCION DE J. M. C.

ELLA Y EL.

I.

¿Por qué nuestro pensamiento se fija en ciertos séres, y sentimos por ellos una especial simpatia ó una profunda aversion?

¿Por qué aunque pasen años, muchos años les consagra nuestra mente el misterioso culto de un recuerdo?

¡Quién sabe por lo que será!

¡Quién sabe los lazos que nos habrán unido! cuando desafiando al tiempo y á las múltiples peripecias de la vida, viven en nuestra memoria, y se fotografian de tal modo en nuestro pensamiento, que si fuéramos discípulos de Apeles los trasladariamos al lienzo con el más exacto parecido.

¡Cuán cierto es que la humanidad es una sola familia!

II.

Hace algunos años que cruzando las calles más céntricas de Madrid á las doce de la noche, vimos mucha gente parada en la calle de Preciados formando un medio círculo; nos acercamos y notamos que el auditorio se componia en su mayor parte de personas distinguidas que escuchaban silenciosamente á una mujer que cantaba una de esas canciones románticas y patéticas que estuvieron de moda á principios de este siglo.

La mujer estaba sentada en el suelo, vestía un trage de color claro, el cual estaba medio cubierto por un manto negro como el que llevan las viudas: un largo velo de crespon cubria su rostro, y en sus brazos sostenia una guitarra de la que arrancaba dulcisimos y lánguidos sonidos que acompañaban su meláncolica cancion.

La voz de aquella mujer era tan dulce, tan expresiva, tan conmovedora, que penetraba en el corazon y hacía sentir verdaderamente hasta tal punto, que á más de una dama la vimos llevar el pañuelo á los ojos para enjugar furtivamente una lágrima.

¡Cosa extraña! Todos los cantantes callejeros sirven de befa y de diversion á sus oyentes, y aquella mujer inspiraba tal respeto, que nadie osaba acercársele.

La acompañaba un niño de unos seis años, vestido de negro, el cual se quitó su gorrita y fué dando la vuelta al círculo, alargando aquella silenciosamente.

Muchos le preguntaron: ¿es tu madre la señora que canta? per- el pobre niño en vez de contestar, al ver el movimiento de los lábios, se llevó la mano á la boca y al oido, moviendo la cabeza y mirando al cielo, como si quisiera decir: al caer á la tierra me quedé mudo.

Muchos hombres miraron al niño con lástimá, pero ninguno osó llegar á la incógnita cantora.

El grupo se fué dispersando, y el niño se sentó al lado de aquella mujer que en medio de la calle inspiraba á los transeuntes una especial compasion, puesto que se contenian dentro de la mayor reserva, y ninguno se atrevió á interrogarla más de cerca; siendo esto bastante raro, porque la pobreza inspira lástima, mas no respeto: un pobre para la generalidad es simplemente una cosa.

Nosotros nos preguntábamos: ¿quién será esta mujer? cuando afortunadamente encontramos á un amigo nuestro entre los curiosos, y ámbos nos preguntamos. ¿Conoces á esta mujer? y al oir

nuestra mútua negativa, nuestro amigo continuó del modo siguiente:

—Hará unos 19 dias que pasé una noche por este sitio, y encontré á esta mujer sentada donde las ves ahora, escuché largo rato sus canciones y me fui poniendo tan triste, que me alejé preocupado y de muy mal humor: pero esto no impidió para que á la noche siguiente volviera á pasar por aquí, y me contrariara no encontrarla: seguí pasando todas las noches y esta es la segunda vez que la oigo, y siento lo mismo que sentí la otra noche, una profunda tristeza, un amargo desconsuelo.

Deseo hablar con esta mujer y temo el acercarme á ella: si la encontrára en un palacio no me inspiraria quizás tanta consideracion; pero aquí, en medio de la calle, pidiendo una limosna con su tristísimo canto, sin más compañía que ese pobre mudo, no tengo valor para decirle nada.

—Yo tambien siento lo que tú sientes: veo en la miseria de esta mujer un infortunio tan inmenso, que no me parece una pordiosera vulgar. ¿Vamos á esperar á que se retire y la seguiremos á ver donde vá?

—Hombre sí, magnífico pensamiento; nos pasearemos á cierta diatanéia y cuando se levante seguimos tras ella, y así averiguamos algo.

No tuvimos que esperarla mucho tiempo: se levantó, enlazó la guitarra por medio de una correa, se cruzó el manto, dió la mano al niño y emprendió su camino pausadamente parándose de vez en cuando, como si la fatiga la rindiera.

Cruzó la puerta del Sol, siguiendo la calle Mayor, plaza del mismo nombre y la calle de Toledo, entró en la de Calatrava y ante una casa de humilde y súcia apariencia se detuvo, dió un golpe y á poco abieron la puerta: entró y cerraron con estruendo.

Miramos el número de la casa y nos prometimos volver al dia siguiente á enterarnos de quién era aquella infeliz mujer, cuyo continente era verdaderamente distinguido y aristocrático, viéndose en su porte la elegancia, á pesar de ir tan pobremente vestida.

III.

Al dia siguiente volvimos á la casa donde entró nuestra desconocida, y á unas mujeres que estaban en la puerta les pregunta-

mos por ella: las mujeres se miraron unas á otras, se encogieron de hombros y nos dijeron:

—Suban Vds. al principal, que puede ser que el amo de la casa les dé razon.

Subimos, y la angustia oprimió nuestro corazon. Entramos en una sala grande y sombria, donde estaban alineados unos cuantos catres de madera, súcios y desvencijados, que sostenian miserables jergones y delgadas mantas llenas de jirones, de manchas y remiendos: un olor nauseabundo se exhalaba de aquellos lechos de la miseria, y todo era allí repugnante en grado superlativo; pero venciendo nuestra penosa impresion, preguntamos á un hombre de mala catadura que nos salió al encuentro por la pobre cantatriz.

El dueño de la casa nos miró con una sonrisa brutalmente significativa, y nos dijo en son de la más grosera burla.

—Ya sé á quien buscan Vds., pero créanme, pierden lastimosamente el tiempo, porque la pobre está ya muy fea: ya ha dado todo lo que tenía que dar.

Nosotros contuvimos nuestra indignacion y le dijimos:

—Lo que nos importa saber, lo que queremos que V. nos diga, es si sabe quién es ella.

—En cuanto á eso, creo que no haremos nada, porque yo como Vds. ven, tengo casa de dormir, y todas las noches viene gente nueva, que no sé de donde vienen ni á donde ván, porque unos traen cédulas, otros no traen nada, y tanto son de fiar los unos como los otros; porque no teniendo un rincon fijo, ya se comprende las buenas alhajas que son, no se les puede exigir otra cosa que la paga adelantada, y por lo demás, cada cual que viva como mejor pueda.

Hará cosa de un mes que vino esa muchacha y me pidió una cama; yo le dije que valia dos reales, y entonces me dijo: pues si me habian dicho que costaba cuatro cuartos: tambien es verdad, le dije yo; pero esos que dan cuatro cuartos duermen en el suelo, en un monton de paja.

La pobre se quedó parada, y al fin se decidió á pagar dos reales. Desde entonces viene muchas noches, y por la mañana temprano se vá á burcarse la vida: no sé más; algunas noches no viene, porque se conoce que no tendrá cuartos para pagar, á mi me suele dar lástima, ¡pero que diablo! con buen corazon no vive na-

die, y los pobres si uno no anda listo con ellos, son sanguijuelas que no quieren dejar de chupar; nada, nada, cara de palo, y á vivir, señores.

Aquí las otras mujeres la llaman tísica, y la muerta, porque dicen que parece un esqueleto.

—¿Y no sabe V. donde se dirige por el dia?

—No sé nada.

Tristemente preocupados salimos de aquel tugurio: por la noche no faltamos á la calle de Preciados, pero ella no pareció.

Al dia siguiente fuimos otra vez á la casa de la calle de Calatrava á preguntar si habia ido á dormir.

No ha venido, nos dijo el dueño, y yo me dije: vaya; aquellos señores habrán hecho una buena obra; en fin, paciencia, que si es de ley ya volverá.

Durante ocho dias seguidos fuimos á preguntar, y siempre nos daban la misma respuesta; no ha venido.

Al noveno dia tuvimos que ír á Vicálvaro, y estando paseando junto á la estacion, vimos llegar una cuerda de presos, de pobres vagabundos que por órden de la autoridad salen semanal ó quincenalmente de la córte para sus pueblos respectivos. Nada más triste que este cordon de pordioseros, porque si bien hay muchos que hacen de la vagancia una industria, en cambio hay tambien muchísimos desgraciados cuya miseria es digna de la más tierna compasion.

Ancianos, mugeres y niños fueron pasando ante nuestros ojos, cuando lanzamos un grito de doloroso asombro, porque la vimos á ella; á la triste cantante y al pequeño mudo, que iban atados como dos criminales á los otros mendigos.

El velo que cubria su rostro estaba desgarrado y dejaba descubierta una parte de su semblante, donde se retrataba la angustia de la muerte; sus ojos medio cerrados estaban enrojecidos por e llanto, y todo en ella revelaba una desesperacion tan inmensa que sentimos desgarrarse nuestro corazon ante aquel horrible cuadro.

Nos acercamos á uno de los guardias civiles que custodiaban á aquellos criminales de la miseria, y le preguntamos si era posible sacar de la cuerda á algun mendigo haciendo constar á la autoridad que uno se hacia cargo de mantener á la persona que reclamaba.

—Nosotros, nos dijo el guardia; tenemos órden de seguir y por nada del mundo podemos detener nuestra marcha; y efectivamen- e siguieron su camino, sin que nos hubiéramos atrevido á decirle una palabra á aquella desgraciada criatura que en medio de su infortunio todavia nos inpiraba profundo respeto.

¿Quién era aquella muger? no lo sabemos, pero siempre hemos conservado un recuerdo de ella, y cuando hemos orado, hemos pedido por ella á Dios.

(Concluirá.)

De nuestro ilustrado cólega *El Globo* del 17 del corriente, tomamos el siguiente suelto:

«La ilustrada revista que con el título de *La infancia* se publica en Zaragoza, abrió un certámen para despertar la emulacion de los niños de ámbos sexos que concurren á los establecimientos de enseñanza.

Ochenta y cuatro niños han optado á los premios señalados.

El primero de estos, consistente en una pluma de plata, ha sido adjudicado á Cárlos Vára Azuarez, de trece años de edad, y el segundo, un neceser con objetos de plata, á la niña María Gil, de trece años tambien.

El trabajo presentado por el niño Vára es una disertacion histórica acerca del reinado de los Reyes Católicos; la niña María Gil ha obtenido su recompensa por varias poesías.

Se han adjudicado otros varios premios por composiciones en prosa y verso, dibujo lineal y trabajos caligráficos.»

IMPORTANTE.

Desde principio del año económico pasado, venimos satisfaciendo la contribucion industrial, que es crecida para nuestra publicacion; y teniendo que satisfacer la del año actual, suplicamos á nuestros abonados nos manden cuanto ántes el importe de sus atrasos, si quieren que nuestra modesta Revista, siga viendo como hasta ahora la luz pública.

El Administrador.

SEVILLA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JOSÉ M. ARIZA,
Génova 48, y Duende 4.